

ORIGEN DE LA IGLESIA

s 167 a

Origen divino de la Iglesia (causalidad teológica)

La Iglesia procede de arriba, no de abajo. Esta afirmación expresa la doctrina católica sobre el origen de la Iglesia y se opone a la teoría del pacto o consentimiento que defendió la teología protestante del siglo XVIII respecto al nacimiento de la Iglesia. Estaba ya anticipada esta teoría en el concepto de Schleiermacher; en su obra *Der christliche Glaube* (§ 115) afirma: «La Iglesia cristiana se forma por la unión de los renacidos para una ordenada actividad histórica y comunitaria»; la Iglesia es, por tanto, posterior al individuo. Sohm (*Kirchenrecht* I, 1892, 672) escribe: «aparece la personalidad individual para dar origen y dominar el mundo entero de la vida social». La Iglesia no es, por tanto, necesaria para salvarse, pero por razones prácticas los cristianos se reúnen en comunidad. Las circunstancias generales de la vida humana conducen en el ámbito de la religión cristiana a la formación de comunidades. La Iglesia es una necesidad empírica y práctica, ya que ninguna comunidad humana puede subsistir sin organizarse. En esta teoría se expresa la idea, común desde la Ilustración, de que la Iglesia es

una sociedad religiosa. Según esta tesis, primero existió el piadoso, como cristiano libre. Las iglesias son corporaciones constituídas por la libre reunión de los hombres. Originariamente el oficio dentro de la Iglesia no era más que una institución administrativa. Los empleados en él tenían que cuidar de la situación exterior de la comunidad y dirigir los consejos y decisiones. Por lo demás, a veces ejercían funciones pastorales. Después se combinó la actividad docente con el oficio dentro de la comunidad. La reunión de individuos dió por resultado la comunidad y las comunidades reunidas constituyeron la Iglesia. La Iglesia católica es, por tanto, una confederación; se fué formando desde abajo; las partes existieron antes que la totalidad. La idea total de Iglesia es atomística.

Entretanto, la misma investigación protestante ha superado casi del todo esa concepción de la Iglesia. La teología protestante—salvo raras excepciones (por ejemplo, E. Brunner, M. Werner, Goguel)—, defiende actualmente la tesis de que la Iglesia fué instituída por Cristo. Cfr. O. Linton, *Das Problem der Urkirche in der neueren Forschung*, 1932, 3-30.

1. Iglesia y salvación

La fundación de la Iglesia por Cristo supone el eterno decreto de salvación, la economía de Dios Padre (*Eph.* 1, 10; 3, 2. 9; *Col.* 1, 25) y la preparación histórica ocurrida en razón de la eterna economía divina. La Iglesia está, pues, como Cristo mismo en el punto de intersección de un movimiento vertical de arriba hacia abajo y de un movimiento horizontal que atraviesa la historia. Podemos decir que la Iglesia tiene la misma figura que la Cruz.

La existencia de la Iglesia debe atribuirse en primer lugar a la bajada de Dios al mundo, al *descensus Dei ad creaturas*. Sólo en razón de esa bajada divina a la historia, a la creación, existe un grupo de hijos de Dios, de elegidos, sacados de la total comunidad humana y que forman una unidad visible y ordenada en Cristo. La Iglesia no procede, pues, de la tierra sino del cielo. La Iglesia—al menos la militante—vive «abajo», pero no es de abajo; no es una libre reunión de hombres para satisfacción de sus necesidades religiosas; si sólo fuera eso, quien no sintiera esas necesidades, tendría derecho a mantenerse apartado de ella. Pero procede de Dios y es, por tanto, obligatoria para todos los hombres más allá de las nece-

sidades religiosas de cada individuo; no es resultado de anhelos o esfuerzos humanos, sino institución de Dios; su origen está en Dios y no en los hombres. Existe la Iglesia porque existe Dios y porque en su eterno plan de salvación ha decidido incidir en la historia humana para crear una nueva humanidad dentro de un orden visible. El origen divino de la Iglesia no impide que sus respectivas manifestaciones tengan elementos configurados por los hombres mismos, que la forman. Al afirmar el origen divino de la Iglesia no se dice que todos sus modos de existencia y todas sus formas hayan sido creadas inmediatamente por Dios. Puesto que es una comunidad viviente, es evidente que se desarrolla según las necesidades y leyes de la vida histórica sobre la base de la estructura que Dios le ha dado.

El decreto divino de fundar una Iglesia está muy íntimamente relacionado con el decreto de salvación; es evidente si pensamos que la Iglesia es la comunidad en la cual y por la cual Cristo actualiza su obra para todas las generaciones hasta el fin de los tiempos, para que todos participen de ella y así tengan también parte en el reino de Dios y en la salvación. Si la Iglesia es la pervivencia de Cristo, si es su cuerpo y Cristo es su cabeza, fué decretada a la vez que la encarnación del Hijo de Dios. Ya hemos dicho (§ 103) que Cristo es la primera idea creadora del Padre celestial. Hay que completar esta afirmación diciendo que se trata no de Cristo considerado aparte de los hombres, sino de Cristo en cuanto primer padre de la humanidad; la concepción creadora cristológica incluye, por tanto, la idea eclesiológica. Malebranche expresa este pensamiento de la manera siguiente (*Entretiens metaphysiques*, XI, § 13): «Lo más importante en los planes de Dios es Cristo y su Iglesia. Fuera de Cristo nada puede complacer a Dios. Por Cristo y en Cristo existe el mundo, porque sólo El puede ser su justificación, sólo El le libera de su estado profano, le diviniza... Al formar el mundo Dios tuvo tan en cuenta a Cristo, que tal vez no haya nada más admirable en su providencia que esta continua relación entre naturaleza y sobrenaturaleza, entre el impulso del mundo y el destino de la Iglesia de Cristo.» Möhler dice (*Kirchengeschichte*, I: *Idee der Kirchengeschichte*, 5): «Todos los sucesos del mundo están ordenados a la fundación de la Iglesia, a su conservación y propagación. Quien pertenece a ella está eternamente unido a Dios por medio de Cristo.» Antes hemos dicho que Cristo es en un sentido el centro de todas las obras divinas *ad extra* y en otro sentido, su plenitud

y coronación; lo mismo vale decir del Cristo que se prolonga a través de los tiempos y que conduce a los hombres hacia el Padre en el Espíritu Santo, es decir, de la Iglesia.

La Sagrada Escritura testimonia el origen divino de la Iglesia siempre que habla de la Iglesia de Dios o de la comunidad de Dios (por ejemplo, *I Cor.* 1, 28; 10, 32; 11, 16; 11, 22; 15, 9; *Gal.* 1, 13; *I Tim.* 3, 5. 15; *II Thess.* 1, 4; *Act.* 20, 28; *Rom.* 16, 16), ya que el genitivo «de Dios» significa tanto la pertenencia de la Iglesia a Dios como su origen divino. La misma relación es testimoniada en el nombre «pueblo de Dios» dado a la Iglesia (*Act.* 15, 14; 18, 10; *Rom.* 9, 25; *II Cor.* 6, 16; *I Thess.* 1, 1; *II Thess.* 1, 1; *Tit.* 2, 14; *I Pet.* 2, 9; *Hebr.* 4, 9; 8, 10; 10, 30; 13, 12; *Apoc.* 18, 4; 21, 3).

II. Origen trinitario de la Iglesia

El origen divino de la Iglesia significa que procede de Dios trinitario. Su primer origen es el Padre celestial, que envió a su Hijo (*Gal.* 4, 4; *Jo.* 3, 17; 3, 34; 5, 36; 6, 29; 6, 57; 7, 29; 8, 42; 10, 36; 11, 42; 17, 8. 21. 23. 25; 17, 3. 18; 20, 21) para que fuera cabeza de la Iglesia (*Eph.* 1, 22; 4, 15; 5, 23; 1, 28). En la misión del Hijo está incluida la Iglesia. Cuando Cristo fundó la Iglesia cumplió su propia misión y la convierte en tarea de los apóstoles, cuya misión consiste en prolongar la de Cristo. Cuando Cristo funda la Iglesia su misión mesiánica penetra en todo el espacio de la historia trascendiendo los tiempos (*Jo.* 20, 22). La Iglesia radica, por tanto, en la misión del Hijo de Dios. Surge de la insondable profundidad del Padre, que engendra a su Hijo como su propia Palabra y la dice al mundo (cfr. Vol. I, § 86). El decreto divino sobre la Iglesia fué decidido entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo en un diálogo antes de todos los tiempos y antes de empezar la historia.

Los apóstoles deben su misión a la eterna voluntad del Padre, encarnada en Cristo (por ejemplo, *I Cor.* 1, 2; *Eph.* 1, 1). Según *I Thess.* 2, 14, la Iglesia es la comunidad de Dios en Jesucristo, ya que procede del Padre a través de Cristo y recibe sus características de ese su origen divino. Se funda en que Dios quiso instaurar en Cristo todo lo del cielo y de la tierra (*Eph.* 1, 9). En ella se expresa la voluntad divina de elevar al hombre. Es el lugar a que Dios llama y en el que congrega a los elegidos, a los santos que aparta de la perdición del mundo.

La Iglesia no es, pues, ni una unión nacida de la libre decisión humana, ni un grupo surgido por natural crecimiento, sino que es una institución divina. Esto significa que la Iglesia no ha surgido de la historia ni de la creación, que no es «un producto de los hombres y poderes, de sus espacios y tiempos, sino que su estructura y obra representan una voluntad que precede esta nuestra historia universal, que trasciende la creación entera, que antes de todos los tiempos ha orientado los eones a Cristo y a su salvación» (H. Schlier, *Die Zeit der Kirche. Exegetische Aufsätze und Vorträge* (1956) 300). Por más que se acentúe que la Iglesia tiene su origen más allá de la historia, no deja de tener validez el hecho de que vive y actúa dentro de la historia y de la creación. Schlier continúa (o. c., 301): «Pero este misterio es también en un sentido el del Creador. En cuanto tal está escondido antes de los eones en Dios, que lo ha creado todo (*Eph.* 3, 9). Los eones son los tramos temporales de la historia tal como irrumpen continuamente desde el futuro hacia el presente. Antes de la historia en cuanto tal el misterio de Cristo, que se manifiesta en la Iglesia, está, pues, escondido y oculto. Hasta ahora no se ha manifestado en la historia, del mismo modo que nada se sabía de él antes de la Iglesia (*Eph.* 3, 5). Surge un eón tras otro y todos pasan. El eón de este misterio siguió estando oculto, la historia misma le velaba, los poderes y los hombres no le dejaban manifestarse. El misterio de Cristo existía a pesar de todo. Existe donde hay creación. Es también el misterio del Creador y su esencia no consiste sólo en la eterna voluntad divina de salvación, sino también en su voluntad creadora. Según el Apóstol, todo ha sido creado y subsiste en Cristo (cfr. *Col.* 1, 16) de forma que lo creado expresa a su modo este misterio. Y en la medida en que hay todavía creación en un mundo, en que la verdad está desterrada en la injusticia (*Rom.* 1, 18) y en que se confunde al Creador con la criatura (cfr. *Rom.* 1, 23, 25), está actuando y valiéndose el misterio de Cristo en cuanto misterio del Creador. Según San Pablo, por terrible que sea el curso de la historia universal, en el hecho de que transcurra está siempre el fondo y en último término la creación y la voluntad creadora de Dios y, por tanto, el misterio, que encubierto y falseado por los hombres, brilla en Cristo original y nuevo, más allá de la creación. El Salvador es el Creador mismo, como subraya San Pablo contra los gnósticos. El misterio de Cristo al revelarse en la Iglesia hace que se manifieste de nuevo el misterio de la creación.» La Iglesia es, por tanto, testificada en la Escritura

como una realidad que no es de este mundo pero que, sin embargo, cumple su existencia en este mundo. Su relación con el mundo es la misma que la de lo sobrenatural con lo natural. Véase sobre este tema §§ 114-117.

El carácter sobrenatural de la Iglesia se destaca con especial claridad si pensamos que las expresiones «Iglesia de Dios», «pueblo de Dios» aluden a Dios Padre, a la primera persona divina y no aluden indistintamente al Dios trinitario bajo el punto de vista de su unidad de esencia. Quienes obedeciendo la palabra del Apóstol empiezan a existir «en Cristo», es decir, en el campo de acción de Jesucristo (cfr. § 182), se incorporan (real, aunque analógicamente) a la relación en que Cristo está con el Padre. En el Hijo encarnado y amado del Padre logran la filiación, que les ordena al Padre (*Eph.* 1, 5-7) y con ella la eterna herencia divina.

La Iglesia tiene su primer principio en el Padre y sigue existiendo en el proceso vital que une al Padre y al Hijo en el Espíritu Santo, amor intradivino y clima amoroso del cielo. La Iglesia está incorporada a esa vida misteriosa. El Hijo es para siempre—como estudiaremos expresamente (§ 169)—Señor y Fuente de vida de la Iglesia; pero el Hijo recibe su señorío y su vida del Padre en ininterrumpido flujo: hace lo que ve hacer al Padre; habla lo que oye al Padre (*Jo.* 5, 19. 30). No se trata de un suceso transitorio y pasajero sino de un acontecer continuado. Al concepto de la Iglesia pertenece, por tanto, el hecho de que no sólo su concepción, sino su realización histórica misma está incorporada al diálogo y amor que unen al Padre y al Hijo. Aún podemos avanzar un paso. El Hijo continúa su misión más que enviando apóstoles para que prediquen su Evangelio, enviándoles el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el íntimo principio vital que Cristo regala a sus discípulos después de la Ascensión. La Iglesia es, por tanto, resultado de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo (cfr. § 50). En el § 170 estudiaremos expresamente este tema.

La misión implica dos momentos; la salida de la persona enviada desde la que envía y la comunicación de la persona enviada a la criatura racional. La comunicación de la persona enviada tiene como consecuencia la presencia de las tres personas divinas; no puede estar presente una de ellas sin las otras dos. Pero en el concepto de misión está implicado el hecho de que cada persona está presente según su propia característica personal. El Espíritu Santo está, por tanto, presente y actúa en la criatura como el Amor engendrado por

el Padre y el Hijo; el Hijo, como Palabra pronunciada por el Padre y que alienta el amor; el Padre, como quien pronuncia la palabra y alienta al Espíritu (cfr. §§ 50, 86, 90). Podemos llamar al Espíritu Santo—*spiritus sanctus*, *pneuma hagion*—aire celestial, atmósfera y clima celeste en que viven el Padre y el Hijo. La Iglesia está llena de ese clima celeste y está incorporada a esa atmósfera celestial. Sólo existe en cuanto participa del movimiento que conduce del Padre al Hijo y refluye nuevamente del Hijo al Padre en el Espíritu Santo.

El símbolo geométrico de esta vida de la Iglesia, que parte del Padre y vuelve al Padre, es el círculo. Esta representación circular se distingue esencialmente de todas las ideas extrabíblicas parecidas y en especial de la concepción platónica (Fedón) del proceso circular del mundo y de la historia. Todas las concepciones extrabíblicas de esta especie implican la idea del eterno retorno; su categoría es la repetición. A diferencia y en contraste con tal concepción, la idea cristiana del mundo y de la historia puede compararse a una recta para simbolizar la unicidad (*Einmaligkeit*) e irrepetibilidad de lo histórico. Pero como el movimiento de esa recta parte de Dios y corre hacia Dios, bajo el punto de vista cristiano se convierte en un círculo. La concepción cristiana del movimiento circular de la historia se distingue de la concepción circular extrabíblica por el carácter de irrepetibilidad que lo histórico tiene en el cristianismo. La Iglesia está, por tanto, caracterizada por el hecho de tener en Dios Padre su punto de partida y su meta. Debido a su participación en la vida trinitaria de Dios, la Iglesia está por esencia definida trinitariamente. Es portadora de los rasgos de la vida trinitaria de Dios, aunque sólo la fe puede reconocerlos. Expresión de esta realidad es el hecho de que la vida total de la Iglesia se cumple en nombre de Dios trinitario (cfr. por ejemplo, los sacramentos) y las oraciones y sacrificios se ofrecen al Padre en el Espíritu Santo por medio del Hijo. Véase E. Dubois, *De exemplarismo divino* (1897) 161; Nicolás de Cusa, *De concordantia catholica* (1566) 700; M. Grabmann, *Die Lehre des heiligen Thomas von Aquin von der Kirche als Gotteswerk*, 1903, 117; H. Dieckmann, *De ecclesia* (1925) I, 240; L. Kösters, *Die Kirche unseres Glaubens* (1935) 149.

III. Diferencia entre la Iglesia y las demás instituciones

Por su origen divino, la Iglesia se distingue de todas las comunidades religiosas y no religiosas nacidas a lo largo de la Historia, todas de abajo, ya que son resultado de los deseos y sueños de la fuerza organizadora y de los esfuerzos de los hombres. En el ámbito de lo religioso, nuestra afirmación se aclarará si consideramos que los grupos religiosos extrabíblicos tienen dioses míticos. Los dioses míticos son creaciones del corazón de los hombres necesitados de salvación; son producto de la necesidad humana. El corazón humano los forma con el material que el mundo le ofrece. Las esperanzas de quien sólo conoce el mundo se dirigen a la luz, al sol, a la inagotable fecundidad de la madre tierra, al nacimiento, al niño, incluso a la muerte; en una palabra, a los sucesos y cosas más importantes de este mundo. De ellos crea el creyente de mitos los dioses de que espera su salud y salvación; a ellos convierte su fe, su esperanza y su amor; la fe en los mismos dioses reúne a todos los fieles de los mitos en una comunidad religiosa en que son adorados los dioses terrenos.

Un claro ejemplo de este proceso es la antigua *polis* y la antigua *civitas*. Entendamos la ciudad como estado o como ciudad-estado; la *civitas* tiene siempre carácter religioso; es entendida y sentida numinosamente; es lugar de venerar los dioses; es a la vez comunidad política y religiosa; sus dioses son figuras expresivas de lo divino que determina y define la *civitas* o la *polis*; por tanto, quien no venera a los dioses, choca contra el sentimiento de la *civitas*; se sale de la comunidad, se hace extraño y se separa. No tiene importancia la fe en los dioses. La *civitas* no necesita teologías. Basta el cumplimiento del rito en que son venerados los dioses y a la vez la *civitas* misma. El rito se mueve en un ámbito intramundano; no le importa un dios esencialmente distinto del mundo y del hombre, sino el hombre entendido numinosamente. Tal comunidad religiosa es, por tanto, una formación de este mundo, en él está encerrada y no sale de él. Más en concreto, es una comunidad nacional. Si se quiere llamarla Iglesia hay que llamarla iglesia nacional. Este hecho es patente tanto en la *polis* griega como en la *civitas* romana. Ambas consideraban a los no pertenecientes a sus respectivas comunidades como extranjeros, extraños y bárbaros. Viceversa, el *civis romanus* se considera a la vez piadoso. Propiedad suya era la *pietas*, que signifi-

caba a la vez la fidelidad a los dioses y fidelidad al Estado, ambas cosas en una; la una no podía existir sin la otra. La actitud política y la religiosa coinciden en estas comunidades, porque la comunidad religiosa y la política eran una sola y la misma. Desobedecer al Estado era desobedecer a los dioses, era ateísmo. Así se entiende, por ejemplo, que Sócrates pudiera ser acusado de ateísmo y tuviera que morir.

En la Iglesia de Cristo ocurre justamente lo contrario; no es una iglesia de dioses míticos y terrestres, sino la Iglesia del único Dios viviente, por El pensada y formada; no es un fenómeno intramundano o intrahistórico, sino una estructura que trasciende el mundo y la Historia; por eso no puede ser eliminada por la evolución histórica, ni su núcleo o estructura radical pueden ser variados por ella. El hecho de que exista o no, está sustraído a la voluntad de los hombres y a la voluntad de la Iglesia misma; existe porque Dios quiere y como El la quiere. Sólo puede cumplir su vida en obediencia a Dios. La desobediencia a Dios no puede destruir la Iglesia, sino sólo negar o reprimir su vida en un lugar determinado o en un país concreto.

Resulta, además, que la Iglesia no se identifica con ninguna estructura de este mundo, pueblo, estado o cultura. Tan pronto como se la entendiera así, se la incluiría en la serie de comunidades religiosas antiguas y se pasaría por alto lo propio y distintivo de ella. Cuando en el siglo pasado algunas formas de protestantismo (en relación con la expresión «Dios alemán»), defendieron a veces la opinión—que influyó en los movimientos nacionalistas del siglo XX—, de que la Iglesia debía ser alemana, recaían en el mito precristiano superado por Cristo. Tal concepción de la Iglesia no significa ningún progreso, sino que es un manifiesto retroceso; era un anacronismo; era una rebelión contra la historia en que Dios se hizo presente y fundó la Iglesia; era, por tanto, una rebelión contra Dios mismo. Más tarde indicaremos hasta qué punto la Iglesia es «iglesia nacional» a pesar de todo.

El mismo veredicto, que hemos dado contra la identificación de pueblo e Iglesia, hay que dar contra la identificación de Iglesia y cultura; aparece esta segunda tesis en el llamado cristianismo cultural (*Kulturchristentum*) del siglo XIX. Aunque algunas figuras de la cultura—lo mismo que algunas figuras de la política—facilitan la actividad de la Iglesia, y aunque, por otra parte, los fieles de la Iglesia produzcan ciertos fenómenos culturales y políticos a partir

de su fe en Dios, sería negar la Iglesia de Cristo identificarla con una estructura de este mundo.

La fundación divina de la Iglesia salta toda equiparación de acción política y fe religiosa, de grupos políticos y comunidad religiosa. Dios ha elegido libremente los fieles de su Iglesia entre todas las naciones, pueblos y estados y les ha juntado en unidad. La Iglesia atraviesa todos los estados y pueblos; es una comunidad que abarca hombres de todas las agrupaciones políticas y nacionales. Todos estos grupos han sido separados de la vinculación religiosa a la que antiguamente estaban incorporados y han sido asumidos en una nueva comunidad de forma que pertenecen a dos ámbitos: al político y al religioso, distinto del primero. Y así la conciencia fué liberada por una parte de la esclavitud, fué llevada a enfrentarse con Dios, pero, por otra parte, fué llevada a una problemática nueva, ya que los fieles y miembros de la Iglesia deben cumplir dos tareas que pueden estar entre sí en tensión. Más tarde hablaremos de este tema.

IV. *La Iglesia celeste*

La *época de los Santos Padres*—sobre todo San Agustín—da un matiz especial al origen divino de la Iglesia. El prototipo de la Iglesia—según una opinión defendida en la época patristica—está en el ámbito de los espíritus. Los ángeles son el prototipo y primer fundamento de la Iglesia. Según la segunda epístola de San Clemente—el más antiguo sermón cristiano de todos los conservados, pronunciado por un autor desconocido en Corinto hacia el año 150—hay que admitir una Iglesia espiritual creada antes que el sol y la luna. Pertenecemos a esa iglesia espiritual cuando cumplimos la voluntad del Señor. También los profetas y los apóstoles enseñan, según el pseudo-Clemente, que la Iglesia no ha empezado a existir ahora, sino que existía desde el principio, como Cristo. Antes de existir en la tierra tenía, como Cristo, una existencia espiritual. Pero en los últimos tiempos ha salido del ámbito de lo invisible, como Cristo, y se ha hecho visible. Existe, pues, desde el momento en que Dios creó seres espirituales que debían alabarle y glorificarle. La Iglesia visible es una copia o imagen de esa Iglesia espiritual (cap. 14, 1-3). El Pastor de Hermas dice también (*Visión II*, 4): «La Iglesia fué creada la primera de todas las cosas; por eso es antigua y por ella fué creado el mundo.» Al fin de los tiempos apareció en la existen-

cia terrena. Según San Agustín, la Iglesia está desde el principio en el mismo lugar en que se reunirá la Iglesia terrena después de la resurrección, para que nosotros seamos iguales que los ángeles de Dios (*De genesi ad lit.*, lib. 5, cap. 19). San Agustín relaciona esta tesis con su distinción de la *civitas terrena* y la *civitas Dei*; la primera es para él el Estado; la segunda, la Iglesia. De ésta dice que tiene su correspondencia o analogía en el cielo; la comunidad de los ángeles. La Iglesia pertenece, por tanto, al estado de los ángeles, a la «civitas angelica» (*De civitate Dei* XI, 34). La comunidad de los ángeles es, según él, la «madre» de la Iglesia (XX, 21, 1). La Iglesia celeste se encarnó en la tierra, cuando los hombres creados por Dios entonaron a Dios el mismo canto de alabanza que los coros de los ángeles en el cielo. Por eso buscan los Padres el origen terreno de la Iglesia en el paraíso. Continuaremos este tema en los párrafos siguientes.